

Ernesto Mejía Sánchez, en cuanto que poeta, fue excepcionalmente dotado de virtud mágica. Mago de, y con, la palabra. Que fue su eterna prometida. I promessi sposi. Nunca su cónyuge. De ahí el misterio de lo inviolado, y su eficacia.

La misma palabra "palabra" era ya otra cosa si él la pronunciaba en sus poemas. Era un mago de la palabra. Mago, sí, en el sentido esotérico del término; y no porque como filólogo hiciera uso de su ciencia incursionando en recovecos del lenguaje, como Unamuno sí hacía abuso; no. El misterio de su palabra, más bien llana, corriente, tenía raíz en su propio ser.

Esto era en él condición, naturaleza, fatalidad. Generaciones de jóvenes envejecieron o desaparecieron prematuramente -Beltrán Morales, Rolando Steiner, Ernesto Gutiérrez-, fascinados por aquello de: "Isabel, el amor es un crimen", o: "Isabel no me ama"; frases más bien simples en su brevedad y sentido, pero que viniendo de él y dentro de su **ópera omnia**; están cargadas de no se sabe qué extrañeza.

Una escogencia, ciñéndose estrictamente a este criterio, de su poesía en verso y prosa, compondría un manual de iniciación al mundo fonoménico de esa cuarta dimensión que él, a veces, alcanzó a vislumbrar. -"In Nature's book of secrecy a little I can read"-, dice, con disimulada modestia, el vidente, en el Acto I, Escena II de **ANTONY AND CLEOPATRA**: -"En el infinito libro secreto de la naturaleza puedo leer un poco"-.

Desde muy temprano, adolescente, entre la pubertad y la edad adulta, escribió los poemas que un lustro más tarde formarían su primer libro, publicado en 1947, **ENSALMOS Y CONJUROS**. Un título de cuidado.

Es pertinente señalar que entre los poetas, mayores en edad y sapiencia, y fundadores del Movimiento granadino de Vanguardia -al menos no hay registro de ello en mi memoria, por las conversaciones y noticias impresas de esos años-, ninguno se preguntó de dónde podía llegarle a ese muchacho recién venido de Masaya, nítido, insectoide, aquella poesía insólita, diferente de la de ellos, sus maestros; diferente de la de nosotros, sus condiscípulos (EC, CMR); independiente, incluso, de las influencias españolas y latinoamericanas de la época.

Cualquier productor o consumidor serio de poesía, que se acerque a una pila donde el agua muerta enlamea el cemento; o se detenga ante un macizo de hojas, flores y botones tintos de orfebrería erizada, inclinándose a escrutar su maravilla; o sorprenda a un pajarito moviéndose, no por voluntad como nosotros, sino por instinto, y que a su intruso paso desaparece, no pensará este observador en ningún poeta nicaragüense otro que Ernesto Mejía Sánchez, el brujo; como lo nombraba siempre en su recuerdo Elena Garro, por aquellos tiempos o destiempo esposa de Octavio Paz, en 1950, en París; anticipándose, con su clarividencia sibilina a estas tardías observaciones.

Handwritten note:
Ernesto Mejía Sánchez
poeta de 1947
dedicó a él
su poesía al
pueblo de
Masaya

DISPOSICION DE VIAJE

No estás aquí y sin embargo permaneces
Caminas por el cuarto saboreándote

ausente

No eres más que el recuerdo del que se irá
Ves las fotografías y las cartas
despidiéndose en el futuro inminente
Casi no eres ya nadie, ni te vas ni
te quedas, oscilas en el tiempo,
te balanceas en la extensión
como el colibrí giratorio
que se sabe centro del universo.
Estás en ninguna parte, como
Aquel que brilla por su ausencia.

Ernesto Mejía Sánchez